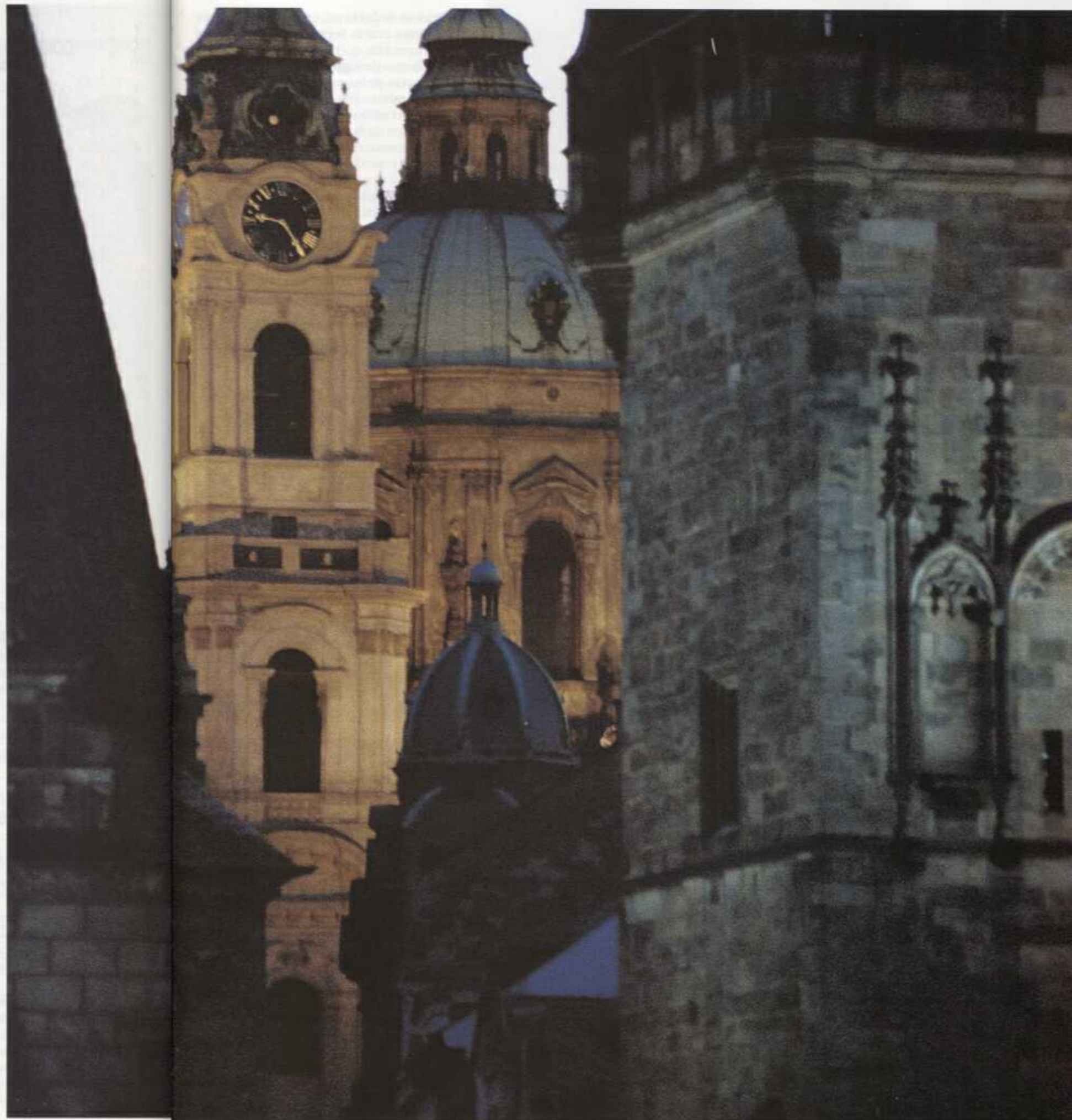




Praga abrumba con esa soberbia cristalización de estilos que caracteriza a la ciudad: románica, gótica y barroca, pero también modernista, cubista y ecléctica.

La geografía checa, cuando llega la primavera, parece diseñada por el dulce Patinir o por alguno de esos paisajistas holandeses que, en vez de este mundo cruel, se diría que representaban en sus cuadros la armonía del paraíso. Seguramente, se trata de un breve estallido, y los inviernos son duros y rigurosos bajo un caparazón de hielo. Pero el instante resulta esplendoroso: pequeñas colinas, bosques, prados, ríos, pueblos que mantienen su trazado medieval, conjuntos barrocos, con plazas geométricamente trazadas y bordeadas de casas que culminan en ornamentados frontones, y con las fachadas frecuentemente esgrafiadas. Las viviendas poseen delante cuidados jardines y bellas rosaledas. Abundan por todas partes los huertos suburbanos plantados con árboles frutales y, en algunos tramos, las cerezas maduras caen sobre el asfalto de la carretera y los viajeros no resisten la tentación de coger algunos racimos del árbol. En los numerosos lagos, sorprenden la mirada de los viajeros las manadas de ocas domésticas que disfrutan también de su momento de gozo antes del sacrificio. A trechos, rompen el horizonte las torres de las iglesias y las cúpulas barrocas con su forma de cebolla, como corresponde a la arquitectura que los Habsburgo impusieron en el país durante la doctrinal etapa de la Contrarreforma.

Hay un delicado equilibrio entre la geografía y la historia. Casas, torres y castillos indican que no estamos en ese rincón de un mundo rural que parecen mostramos los bucólicos campos, sino en una región -Bohemia, el sur de Moravia- de la que salieron los antepasados de los reyes de Francia, que fue capital del Imperio Romano Germánico, nife de la casa de los Habsburgo y parte esencial de la monarquía austro-húngara. Centro de la producción de plata durante la edad media, lugar de tránsito de las caravanas de la sal que enriquecieron a la cercana Salzburgo, cruce entre las rutas que conectaban el



# VIAJE A LA REPUBLICA CHECA

## El corazón sediento de Europa

TEXTO Y FOTOS:  
Rafael Chirbes



CASAS, TORRES Y CASTILLOS NOS INDICAN QUE NO ESTAMOS EN UN BUCÓLICO RINCÓN DE UN MUNDO RURAL, SINO EN UNA REGIÓN QUE FUE CUNA DE LAS DINASTÍAS EUROPEAS, NÚCLEO DEL IMPERIO Y CENTRO DE LAS RUTAS COMERCIALES ENTRE LAS CUATRO ESQUINAS DE EUROPA.

comercio de la Hansa, en el Báltico y el mar del Norte, con la Señoría de Venecia en el Mediterráneo; y, de este a oeste, entre los puertos de los Países Bajos y Kiev, en el corazón de las estepas rusas y el Imperio Bizantino.

En los castillos, que parecen lejanos y salvajes nidos de águila entre los bosques, las arquerías renacentistas, o la presencia de un pequeño teatro barroco en el que cantaron divas italianas nos hablan de ese implacable paso de la historia, que se vuelve abrumadora en la soberbia cristalización de estilos que es la ciudad de Praga. Praga románica, gótica, renacentista y barroca; Praga ecléctica, modernista, cubista y moderna, y hoy invadida por la multitud de turistas. Convertida en gigantesco supermercado de la nostalgia y comedor de "fast food".

Cierta tarde de principios del pasado mes de julio, el viajero, en el Puente Carlos de Praga, tuvo la sensación de que, si se detenía en medio de la calzada, la ola de turistas lo arrastraría, sin que él moviera ni un solo músculo, hasta la colina que ocupa el castillo, o, en dirección contraria, hacia la ciudad vieja, hacia la hermosa Torre de la Pólvora.

La marea humana ocupaba el puente, pero también la red de callejas que de él parten. Se acordó el viajero aquella tarde de la frágil Venecia en época de carnavales cuando la multitud bloquea la ciudad lacustre impidiendo el avance en ninguna dirección, y pensó en la pequeñez de ciertas cristalizaciones urbanas. Turistas alemanes, franceses, italianos, rusos, españoles. Turistas que se asomaban al pretil del puente de las estatuas, que se detenían ante un músico callejero, que ocupaban las escalinatas y pórticos de las iglesias o las terrazas callejeras. Praga consumaba una nueva forma de cosmopolitismo en este fin de siglo.

El viajero rebobinó las melancólicas



imágenes que le habían llegado de Praga, los callejones solitarios, los bosques de hojas doradas, las sombras de los campanarios cayendo sobre los empedrados, la sábana de nieve cubriendo cúpulas y estatuas. La realidad le ofrecía una ciudad en la que cientos de carteles y de repartidores de propaganda anunciaban conciertos, sesiones de canto, óperas, o funciones de marionetas y teatro negro en cualquier improvisado local, en cualquier café, teatro, patio o iglesia. Turismo cultural, una ventaja al fin y al cabo. Viendo aquella animación en la Plaza de la Ciudad Vieja, a los pies del imponente grupo escultórico que representa a Jan Hus, el héroe nacional que, además de predicar el ascetismo y la honestidad, fijó la lengua checa (una lengua



que no adquiriría dignidad pública hasta hace apenas un siglo), ante el reloj que, junto al Ayuntamiento, ofrece cada hora el espectáculo del paso de la muerte, pensó que nunca Praga ha estado tan lejos de la sombría fantasmagoría que inventó Kafka en sus novelas, un judío que escribió su obra en alemán, la lengua de la burocracia y del Estado, que se superponía, con su rigor, a la vitalidad de un pueblo culto y refinado, pero al mismo tiempo burlón y vividor, carnal y carnívoro, devorador de desmesurados platos de carne —sobre todo de cerdo, aunque también de buey y de pato—, apenas desengrasada por la acidez de la col en salmuera y de las albóndigas de pan. Un pueblo de cuyo carácter bon vivant quizá dé mejor cuenta que la soberbia omnipresencia de la arquitectura de la Contrarreforma, la popular obra de Hasek, autor del desvergonzado e hilarante libro "Las aventuras del bravo soldado Svejk", donde ese personaje, hermano de Sancho Panza, y, como el propio Sancho, dotado

al mismo tiempo de la más finísima agudeza y de la más honda estupidez, pone en solfa los valores religiosos, políticos y militares de la germanizada clase dominante. El más tremendo naturalismo preside este libro escatológico, en el que abundan los rabelesianos excesos en el comer y el beber, amén de las deyecciones de todo tipo, o los castigos alimenticios, concretados en ayunos, menús repulsivos o lavativas.

Vladislav Seifert, que fue premio Nobel de literatura, cuenta la génesis de esa insustituible novela picaresca en su libro de memorias titulado "Toda la belleza del mundo". Al parecer, una tarde salió Hasek de casa para comprarle unas medicinas a su mujer, que se encontraba enferma, y de paso traerse una jarra de cerveza de la taberna

La cerveza es la bebida nacional checa y los entendidos bebedores checos saben distinguir la enorme variedad de matices que distingue unos tipos de otros, aunque la Pilsner Urquell es la más conocida.



*Caveduke*  
Bodegas Climatizadas



Pida catálogo sin compromiso  
Somos fabricantes

C/ Gustavo Adolfo Becquer, n.º 2, 2.º P.º (Barrio de Lourdes)  
08100 Moller del Vallés - Barcelona - Spain  
Tel. 93 562 51 11 - Fax 93 562 50 94  
E-mail: caveduke@apen.es  
Móvil: 656 31 73 19



El viñedo está frecuentemente presente en los paisajes del sur de Bohemia y Moravia, y también en la confluencia del Elba y el Moldava y en los alrededores de la capital.

más cercana. La mala fortuna (para él y para su mujer, y la buena suerte de la humanidad) lo llevó a encontrarse con un grupo de amigos con los que se bebió algunas rondas de cerveza, de modo que, cuando llegó el momento de liquidar la cuenta, sus compañeros y él se encontraron con que no tenían suficiente dinero. A Hasek se le ocurrió escribir un capítulo de folletín y enviárselo al editor, que pagaba al contado el trabajo hecho; pero cuando llegó el pago de dicho capítulo, la cuenta ya había crecido por encima de la suma que acababa de recibir. Así, durante una semana insomne, fue escribiendo lo que acabó por ser su gran novela, pagando con cada capítulo las cervezas que, entre tanto, se evaporaban. Seifert, que era vecino suyo, asegura que tuvo ocasión de comprobar que, cuando Hasek llegó a casa, una semana más tarde, su mujer estaba perfectamente curada, aún sin haber ingerido medicina alguna. Fue testigo auditivo de la energía que desperdiciaba aquella convaleciente furiosa.

La cerveza -cantidades ingentes de cerveza-, los aguardientes y el vino recorren como un río tan majestuoso como el Moldava buena parte de las novelas checas, no sólo las de Hasek, sino también las de Hrabal —trasiego de jarras en "Bodas en casa"—, y bebidas y comidas forman parte fundamental de las memorias de Seifert, quien se emociona al ver unos escalopes vieneses como deben ser: es decir, con la mantequilla todavía hirviendo en su super-

ficie cuando llegan a la mesa; o que se recrea describiendo una opulenta cesta en la que se incluye vino francés y del Rin, champán, caviar, confitura de picantones franceses en salsa, quesos, drops ingleses, chocolates suizos, sardinas, naranjas y mandarinas tirolesas, longaniza húngara y un château de Montbazillac, del que asegura: "Al probarlo pensé que era el mejor vino de todos los buenos vinos. Sin embargo, no tenía derecho a proclamar una cosa así. Debería haber dicho que era el mejor vino que había probado. ¡Pero, creedme, era un vino delicioso".

Los personajes que lo acompañan en su vida añoran un *agnello rostito* que comieron cierta vez en Italia, unos helados que consumieron en cierto local junto a la catedral de Milán, se traen de Francia botellas de chablis, se comen una espalda de corzo acompañada de un Clos Vougeot, y se acuerdan el resto de sus días de cierta vez en que el comandante de guardia les obligó a tirar por el desagüe una botella de Pommard.

De hecho, en una Praga en la que el camarero del obispo, una vez que lo ayuda a revestirse para la misa, se va a esperar que la ceremonia concluya a Na Víkárce, que es la taberna que hay enfrente de la catedral, y que resulta muy acogedora porque por sus ventanas se cuele la sombra del imponente edificio gótico, y, porque, además, tienen muy buena cerveza de Pilsen, un juvenil Seifert, preso de ardor comunista revolucionario, no dudará en escribir un aguerido poema reivindicativo que dice:

*"Nosotros también queremos beber vino de Borgoña  
y comer anguilas en escabeche.  
Tenemos plena confianza  
en que también un día nos sentaremos  
a la mesa para comer queso emmental.  
Y por todas las penas y la miseria,  
también nosotros queremos lo mejor  
de la riqueza de los dones de la tierra:  
salmón ahumado, salchichón, caviar..."*

Una actitud revolucionaria que Rabelais, Sancho y Falstaff hubieran suscrito sin dudar, aunque, sin duda, bastante más moderada que la que mantenía el carpintero que el soldado Schweijk conoció y cuya historia le cuenta al pater a quien sirve como ayudante, y que cierto día se levantó con una espantosa resaca. Le dice Sweijk al pater:

*"Su sed de hoy es consecuencia de la de ayer. No es tan fácil librarse de ella. Conoci a un carpintero que se emborrachó por primera vez la noche de fin de año de 1910 y el día primero de enero tenía tanta sed y se encontraba tan mal que se compró un arenque y empezó a beber de nuevo. Viene haciendo esto desde hace más de cuatro años y nadie puede ayudarlo porque el sábado se compra los arenques para toda la semana".*

Ochenta años más tarde, en U Jelinku, una de las tabernas preferidas de Hasek, venden ejemplares del célebre libro. Y se sienten orgullosos de haber tenido entre sus clientes a tan inmenso glotón. De hecho, gran parte de la vida pública checa se ha tejido en esas tabernas, como U Kalichka (otro emblemático lugar Hasekiano), o en U Flekku, famosa por su magnífica cerveza de elaboración propia, y que este año celebra su quinto centenario de existencia; o en cafés como el Slovanská Kavárna, en el que se reu-



Los checos parecen haber encontrado un sano equilibrio entre sus preocupaciones espirituales y una saludable afición por las cosas del comer y del beber.

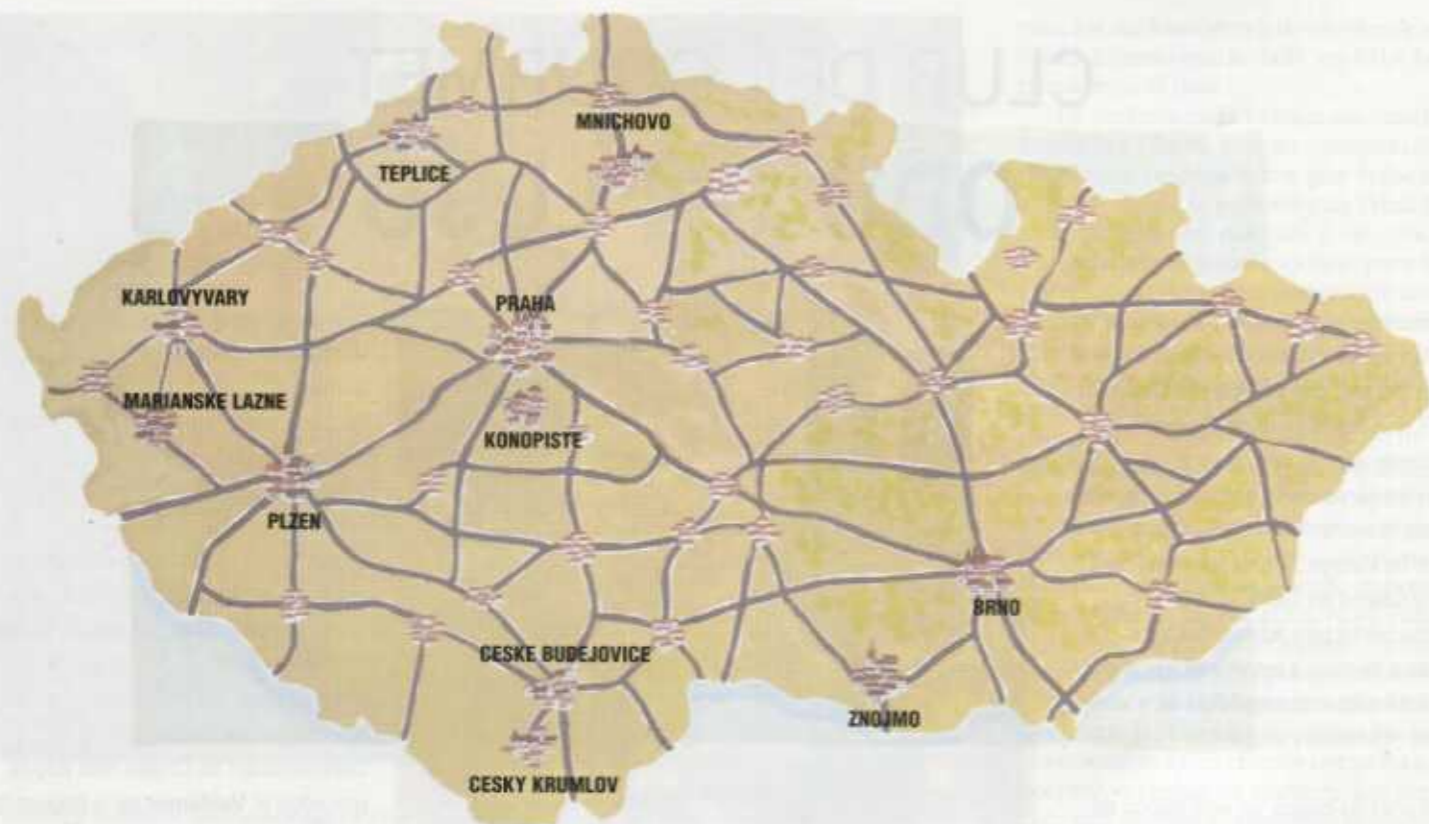


nian los nacionalistas y desde donde surgió el movimiento que le daría, en 1918, la independencia al país.

La cerveza es la bebida nacional de la República Checa, con un consumo de más de ciento sesenta litros por habitante y año. Ya desde la más remota Edad Media se establecieron normas y se concedieron privilegios y monopolios para la elaboración de cervezas, sobre todo a ciudades, conventos y nobles. La de Pilsen es la más famosa en el exterior y ha sido imitada en numerosos países. En esa ciudad bohemia, la Pilsner Urquell es, sin duda, la marca más conocida. Pero existe un complejo mapa de braserías en la República Checa, que, además de la propia capital, incluye lugares como Brno, donde se elabora la *Starobrno*; Znojmo, cuya etiqueta más celebrada es la *Hostan*; Jeseník, elaboradores de la *Holba*. O, en Bohemia, Nová Paka, con la *Novopacké Pivo*; Konopiste, ciudad elaboradora de la *Velkopopovický*; Nelahovez, que fabrica la *Lobkovicz*; o České Budějovice, con la popular y excelente *Budweiser*. Los consumidores checos conocen bien la enorme variedad de matices que separa a cada una de ellas y consumen también otras cervezas tan excelentes como las citadas, y que no hemos nombrado.

Pero no sólo bebe este país cerveza, a pesar de que así lo creyera el comisario soviético Ilya Ehrenburg, quien, en un discurso que roza lo sublime, por descabellado, aseguró que "los checos... están intelectualmente fatigados y son conservadores, como pago de un elevado tributo a la cerveza. Si se bebiera tanto vino en Bohemia como en Francia, la nación sería más astuta y vigorosa". Sin duda, Ehrenburg desconocía u olvidaba la larga y compleja historia de este pequeño y refinado país, en el que, desde el tiempo de los romanos, se ha practicado una fascinante viticultura, a pesar de las difíciles condiciones climáticas. En los paisajes idílicos del sur de Bohemia y Moravia, el viñedo pone delicadas pinceladas a trechos, sobre todo en las comarcas limítrofes con Austria, pero no sólo en ellas, ya que perduran plantaciones de vid también en el noroeste de Bohemia, en la confluencia del Elba y el Moldava, en los distritos de Litomerice, Most, o Melnik, muy cerca de la frontera septentrional con Alemania, y también en los alrededores de la capital, en Kladno, Odolena Voda y Udhali. De hecho, incluso en la propia Praga el viajero curioso puede encontrar testimoniales viñedos en las laderas de las colinas sobre las que se levanta el castillo.

Varietades importadas desde Francia, Hungría, Austria, Alemania, Italia o Croacia componen el complicado mapa vitícola checo, mayoritariamente inclinado a la elaboración de vinos blancos. Tradicionalmente, los vinos, más que por las variedades con las que se elaboraban (generalmente una abigarrada mezcla), se conocían con el nombre de la comarca en la que se producían; si bien algunas de esas variedades, como



NO SÓLO BEBE CERVEZA ESTE PAÍS QUE DESDE TIEMPOS REMOTOS HA PRACTICADO UNA DIFÍCIL Y SUGESTIVA VITICULTURA. EL VINO CHECO ES UN VINO DE AMIGOS, QUE SE BEBE EN PRIVADO Y EN ESAS PEQUEÑAS BODEGAS SUBTERRÁNEAS QUE ANIMAN LOS DISTRITOS DEL SUR.

la que se llamaba en checo medieval *rouci modré o kocínka*, eran de indudable nobleza, ya que se trataba nada menos que de la pinot noir borgoñona, que Carlos IV se trajo de su aventura imperial. Sigue cultivándose esta variedad, como se cultivó la que aquí llamaron *brynst*, por derivación del latín *vinum princeps*, y que no es otra que la *gewürtztraminer*. También la pinot blanc fue traída desde Borgoña por el emperador Carlos IV y por los monjes cistercienses. Aunque seguramente no es éste el lugar para dar la lista completa de las numerosas variedades que se cultivan en un país en el que ya cierto Jan Hád, a mediados del siglo XVI (en 1558), escribió un texto acerca de la plantación de viñedos, en el que definía los lugares y terrenos más adecuados para que la vid diera sus mejores rendimientos en una geografía difícil. De hecho, en numerosas comarcas los pagos o *terroirs* mejores se conocían con nombres específicos y esos suelos se cotizaban en las transacciones comerciales muy por encima de los vecinos.

Hoy, el vino checo es una apuesta de voluntades individuales, que miran con ese hedonismo del que hablábamos al principio sus logros: vino de amigos, que se bebe en privado, en alguna de esas pequeñas bodegas subterráneas, cuyas puertas se pintan con cal y alegres colores, que animan varios distritos del sur. La República checa busca abastecerse de vino para el consumo en zonas cálidas y baratas del sur de Europa, y resulta excepcional encontrar buenas botellas de vino local en las grandes superficies. Sin embargo, la tradición del consumo de vino continúa arraigada y los checos distinguen meticulosamente entre las tabernas que se conocen con el nom-

bre de *pinice*, parientes de las braserías francesas y que son las que venden cerveza, y las *vinárna*, lugares en los que se consume el vino, que, por cierto, resulta bastante más caro que la cerveza, porque no conviene olvidar que una de las razones por las que el consumo de cerveza supera ampliamente el de vino es por ser más asequible. De algún modo (y por eso resulta más desagradable e imperdonable el despropósito de Ehrenburg) el consumo de vino ha marcado el escalón de las clases altas, quedando la cerveza para el pueblo.

Para completar discretamente el mundo plural de las bebidas de este país, cruce de caminos, tendríamos que hablar del consumo de aguardientes. Y, cómo no, de aguas medicinales. Hablar de Karlovy Vary o de Mariánské Lázně (Karls Bad y Marien Bad), esas ciudades balneario en las que se han sumergido todos los intelectuales, artistas y políticos europeos de los últimos doscientos años. Por sus elegantes parques, bajo sus pérgolas y arcadas belle époque, pasean y han paseado miles de enfermos más o menos imaginarios que sostienen entre sus dedos una jarra, que parece de cerveza, pero cuyo asa termina en una especie de tubo de pipa a través del cual los pacientes o curiosos beben esas aguas salvadoras que saben a óxidos minerales. Otro contradictorio capituló más de la vida de este país pequeño, apacible y tremendamente cosmopoli-



ta, que se pone a la sombra de Kafka a la hora de comerse una fuente de grasienta carne de cerdo y beberse unas cuantas pintas de medio litro de cerveza; antes de —en busca de las profundas raíces de la existencia— recitar un poema de Jan Neruda, o, si llega el caso, hasta de Rilke. Que Dios conceda a cada cual su propia muerte, y, muy especialmente, su propia vida. ■

Por debajo de la aparente frialdad y sobriedad de la arquitectura de sus pueblos y ciudades, late un alegre hedonismo que se expresa en multitud de pequeñas tabernas y comedores populares.

Sobradamente Preparados



RIOJA  
DENOMINACIÓN DE ORIGEN CALIFICADA  
AZABACHE  
Crianza

BODEGAS  
VIÑEDOS DE ALDEANUEVA

AVDA. JUAN CARLOS I, 180  
24559 ALDEANUEVA DE ERO - LA RIOJA - ESPAÑA  
TEL. (941) 16 36 29  
FAX. (941) 16 37 87